

propiedad, deja de ser comunidad, y se desea saber en virtud de qué principio se realizará esta mezcla ó esta penetracion, y segun qué teoría se fijarán las proporciones ó dosis. El Sr. Cabet se ha presentado como un gran diplomático al oponer á los curiosos este no há lugar á deliberar: Mi principio, mi teoría, mi sistema, mi ciencia, mi método, mi doctrina, etc., es la FRATERNIDAD. El Sr. Cabet no tenia nada que decir más que esto, y me admira la rapidez de su inteligencia y la expresion feliz con que supo decirlo.

Ahora bien: sustituid esta palabra FRATERNIDAD, que contiene tantas cosas, con la palabra *república*, que no dice ménos y que usó Platon; sustituidla con la *atraccion* de Fourier, que dice todavía más; con el *amor* y el *instinto* del Sr. Michelet, que lo comprende todo; ó bien con la *gran fuerza de iniciativa del Estado* del Sr. Luis Blanc, sinónima de la omnipotencia de Dios, y vereis que todas estas expresiones son perfectamente equivalentes; de modo que el Sr. Cabet, respondiendole desde las alturas de su *Popular* á la pregunta que se le hiciera, *mi ciencia es la fraternidad*, habló por todo el socialismo.

Nosotros probaremos, en efecto, que todas las utopias socialistas, sin excepcion, se reducen á la exposicion corta, categórica y esplicita del Sr. Cabet: *Mi ciencia, etc., es la fraternidad*; que no es posible añadir á esto una sola palabra sin caer al instante en la apostasia y en la herejía; lo cual quiere decir que ni Platon, ni los gnósticos, ni los primeros Padres, ni los Vaudenses, ni Moro, ni Campanella, ni Babeuf, ni Owen, ni Saint-Simon, ni Fourier, ni su continuador el Sr. Cabet, pueden, ayudados de su principio, explicar la sociedad, y mucho ménos todavía darla leyes.

Pero... ¿por qué, entre todas estas palabras, fra-

*ternidad, amor, atraccion, etc.*, que nosotros consideramos iguales, el Sr. Cabet prefirió la primera?

Esto merece explicacion.

§. IV.—La comunidad toma su fin por su principio.

La primera cosa que debe hacer toda comunidad, como toda religion, es ahogar el espíritu de controversia, con el cual no hay institucion segura y definitiva. Aconsejo, pues, al Sr. Cabet, que cuando reciba de manos del pueblo las riendas del Estado, cuando todos los partidos se hayan fusionado bajo su paternal dictadura, cambie por completo el sistema de educacion universitaria; ese sistema abominable que enseña á los jóvenes á dudar, á discutir y á argumentar sin piedad ni misericordia.

Se pregunta por qué razon el Sr. Cabet, explicando el principio social á los comunistas de Nantes, no dijo, por ejemplo: Mi principio es la atraccion; mi teoría la atraccion; ó bien: Mi sistema es el amor, etc., etc.; en una palabra, por qué eligió la fraternidad.

A fin de que el Sr. Cabet no se figure que quiero sorprenderle y se apresure á llamarse sincretista, replicando: Mi sistema son todas esas cosas á la vez, el amor, la atraccion, el instinto, la fraternidad, etc., quiero probar que la definicion del *Popular* de Noviembre de 1844, procedia de una concepcion verdaderamente trascendente, que contenia, no sólo la ciencia *comunista*, sino toda la ciencia socialista, y que con mucha razon dijo el Sr. Cabet: Mi principio, mi sistema, mi ciencia, es la FRATERNIDAD.

Si como vos sabeis, mi querido Villegardelle, desde los tiempos fabulosos la comunidad fué progresivamente desapareciendo de las instituciones humanas, este hecho prueba que el comunismo. ya se le estu-

die en Platon, en Moro, en la Basiliada ó en la *Icaria*, es una forma que no se puede establecer y conservar por sí misma, y que necesita algo parecido á un principio que la haga vivir. Este ingrediente, este fermento vivificador, segun el Sr. Cabet, es la fraternidad; pero... ¿cómo la fraternidad engendró el comunismo? Aquí es en donde aparece la ciencia profunda del socialismo.

Si pregunto á los diversos reformadores sobre los medios que se proponen usar para la realizacion de sus utopias, todos me responden en una síntesis unánime: Para regenerar la sociedad y organizar el trabajo, es preciso entregar á los hombres que poseen la ciencia de esta organizacion, la fortuna y la autoridad públicas. En este dogma esencial, todo el mundo está de acuerdo, y no hay necesidad de opiniones. Los interminables llamamientos de las sectas socialistas á las bolsas de sus parroquianos, parten de esta idea. Mas, para que los reformadores, convertidos en amos de los negocios, usen del poder con eficacia, conviene dar á este poder una *gran fuerza de iniciativa*: sistema del Sr. Blanc. ¿Y bajo qué condicion adquiere el poder su mayor fuerza? Bajo la de constituirse democráticamente, ó en *re-pública*: sistema de Platon, de Rousseau, del *Nacional*, etc. La reforma política es el preliminar obligado de la reforma social. ¿Y por qué elegir la democracia, y no la monarquía constitucional ó un senado de aristócratas? Porque los hombres son *solidarios*, y conviene hacerlos política y periódicamente iguales: sistema de los Solidarios-Unidos, instituidos, si no me equivoco, por el Sr. Cherbuliez. ¿Por qué los hombres son solidarios? Porque viven bajo el imperio de una ley comun que encadena todos sus movimientos, la *atraccion*: sistema de Fourier. ¿Qué atraccion es esta que sólo conocemos des-

de ayer? Es el *amor*, la caridad que conocemos hace ya tanto tiempo: sistema del Sr. Michelet. ¿Por qué los hombres se aman y se aborrecen, se atraen y se repelen los unos á los otros como los polos de un iman? Porque todos son hermanos: sistema del señor Cabet.

La fraternidad: tal es, pues, el hecho primordial, y el gran fenómeno natural y cósmico, fisiológico y patológico, político y económico, al cual se refiere el comunismo, como el efecto á la causa. La analogía de las palabras; tal es el método, la teoría y la dialéctica del socialismo. Vos debeis decir, mi querido Villegardelle, si las doce pasiones cardinales y la série de grupos contrastados añaden algo á esto. Acaso se le pueda encontrar á esta série de palabras vacías de sentido, un número mayor de términos intermedios; pero es seguro que conduce siempre á la fraternidad, que se nos manifiesta en la diferencia de las razas humanas como principio y fundamento de la unidad del género. *¡La fraternidad ó la muerte!* Hé ahí lo que Robespierre habria explicado á la Francia si los propietarios de la Convencion le hubiesen dejado obrar: hé ahí lo que el Sr. Cabet, heredero de este grande hombre, leyó en caracteres de fuego en el libro de los destinos. Dígase lo que se quiera, entre los utopistas antiguos y modernos, ninguno penetró más profundamente los secretos de la ciencia.

¿Cómo, pues, con este conocimiento maravilloso de las causas primeras, segundas y finales; cómo, con esta habilidad sin igual para encadenar frases, el socialismo sólo supo inquietar al mundo sin conseguir hacer á los hombres mejores ni peores? Si la economía política quedó juzgada por sus obras, el socialismo corre gran peligro de verse apreciado hoy por su impotencia. Importa, pues, que nos de-

mos cuenta de la esterilidad de la utopia, como nos la hemos dado de las anomalías de la rutina.

Para todo el que ha reflexionado sobre el progreso de la sociabilidad humana, la fraternidad efectiva, esa fraternidad del corazon y de la razon, única que merece los cuidados del legislador y la atencion del moralista, y cuya expresion carnal es la fraternidad de raza; esa fraternidad, repito, no es, como creen los socialistas, el principio de los perfeccionamientos de la sociedad ni la regla de sus evoluciones, sino su fin y su fruto. La cuestion no está, pues, en saber de qué modo, siendo hermanos de espíritu y de corazon, viviremos sin hacernos la guerra y sin devorarnos los unos á los otros, sino en saber cómo, siendo hermanos por la naturaleza, llegaremos á serlo tambien por los sentimientos; de qué modo nuestros intereses, en vez de dividirnos, nos unirán. Hé ahí lo que el simple buen sentido revela á todos los hombres á quienes la utopia no hizo miopes; pues, como lo hemos demostrado con el cuadro de las contradicciones económicas, si el desarrollo de las instituciones civilizadoras produce como resultado inevitable el desórden de las pasiones; si inflama en el hombre el apetito concupiscible y el irascible, y convierte en bestias feroces á los ángeles de Dios, sucederá que las pobres criaturas, destinadas al placer y al amor, se entregarán á los más furiosos combates, se harán horribles heridas, y no será fácil establecer las bases de un tratado de paz entre ellas. ¿Cómo se distribuirá el trabajo? ¿Cuál es la ley del cambio? ¿Cuál la sancion de la justicia? ¿En dónde empieza la posesion exclusiva? ¿En dónde acaba? ¿Hasta dónde se extiende la comunidad? ¿En qué proporcion este elemento forma parte del organismo colectivo, bajo qué forma y segun qué ley? En una palabra: ¿de qué modo nos haremos todos her-

manos? Tal es la cuestion prévia y el objeto final del comunismo.

Así, pues; la fraternidad, la solidaridad, el amor, la igualdad, etc., sólo pueden resultar de una conciliacion de los intereses, es decir, de una organizacion del trabajo y de una teoría del cambio. La fraternidad es el objeto, no el principio de la comunidad, como de todas las formas de asociacion y de gobierno: y Platon, Cabet y todos los que, siguiendo á estas dos lumbreras del socialismo, en vez de enseñarnos las leyes de la produccion y del cambio, nos exigen poder y dinero y debutan en la utopia por la fraternidad, la solidaridad y el amor; todos esos, digo, toman el efecto por la causa, la conclusion por el principio, y empiezan, como dice el proverbio, su casa por el desvan. Si la fraternidad lo es todo, ¿quién impide á los socialistas que se asocien? ¿Acaso necesitan un permiso del ministro ó una ley de las cámaras? Un espectáculo tan conmovedor alegraría al mundo, y sólo comprometería la utopia: ¿será esta abnegacion superior al valor comunista?

Hé ahí lo que, sin darse cuenta de ello, sentian en el fondo del corazon los ciudadanos que se atrevieron á interpelar al Sr. Cabet; pero no puede negarse tampoco que el maestro supo contestarles con una gran superioridad de táctica, *mi principio es la fraternidad*, pues sin esta vuelta, no habia comunismo posible. El Sr. Cabet estaba seguro de que, despues de este golpe decisivo, no se le preguntaría cuál era el principio de la fraternidad, porque esto seria lanzarse en una série de interminables cuestiones que era preciso cortar.